

Introducción

En nuestra vida recibimos muchas invitaciones: tarjetas de cumpleaños, celebración de un casamiento, bautismos, fiesta de aniversario de casados. Hay gente que en todas las festividades les gusta estar. A otras no tanto. Otras personas suelen aparecer de vez en cuando. Y otras casi nunca. Por más que le invitemos, no vienen. Puede ser porque no quieren, por falta de interés, o por odio. Sea cual sea la situación, hay una invitación especial que ustedes no deben olvidar: la invitación a la fiesta del cielo. Es decir, la invitación que Dios les hace, el regalo que Dios les quiere conceder, el tesoro y el privilegio que Dios les quiere dar, de la fiesta de bodas de su Hijo Jesucristo, el Cordero de Dios. A esta fiesta de bodas, todos ustedes están invitados, y muchos más. Se trata de la entrada a la vida eterna mediante la fe en Cristo. ¿Estás preparado para esa fiesta? ¿Vas a recibir la invitación con agrado? ¿O prefieres seguir una vida sin Dios, mundana y pasajera? Lo que hoy nos queremos preguntar, e intentar responder, es la siguiente pregunta: ¿Por qué algunas personas, y no todas, llegan a la fe en Cristo y la vida eterna?

1. La invitación a las bodas del Rey: “Todo está listo, venid a las bodas”

Dice en Mateo 22:2-3a, 4b:

2: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo;

3a: y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas...

4b: diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas.

¿Qué significa esto? Significa que “Dios en su propósito y consejo ordenó y dispuso:

1. Que la raza humana está verdaderamente redimida y reconciliada con Dios por medio de Cristo, quien en su perfecta obediencia y su inocente pasión y muerte mereció (obtuvo) para nosotros la justicia que vale ante Dios y la vida eterna.
2. Que esos méritos y beneficios de Cristo se nos deben presentar, ofrecer y distribuir por medio de su palabra y los sacramentos.
3. Que por su Espíritu Santo, mediante la palabra, al ser esta predicada, oída y conferida [concedida] en el corazón, él será eficaz y activo en nosotros, convertirá los corazones al arrepentimiento y los conservará en la verdadera fe.
4. Que justificará a todos los que en arrepentimiento sincero reciben a Cristo en la verdadera fe, y en su gracia los adoptará por hijos y herederos de la vida eterna.
5. Que también santificará en amor a los que así son justificados, como dice san Pablo en Efesios 1:4 [“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”].
6. Que también los protegerá en la debilidad de ellos contra el diablo, el mundo y la carne, los conducirá y guiará por las sendas divinas, los volverá a levantar cuando hayan tropezado, los consolará en la pena y la tentación y los preservará para la vida eterna [, como dice el Salmo 23:4-5a: 4 Aunque ande en valle de sombra de muerte, No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; Tu vara y tu cayado me infundirán aliento. 5 Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores”].
7. Que también fortalecerá, aumentará y sostendrá hasta el fin la buena obra que ha empezado en ellos, si ellos se adhieren a la palabra de Dios, oran con diligencia, permanecen en la gracia de Dios y usan fielmente los dones recibidos.
8. Que por fin salvará para siempre y glorificará en la vida eterna a aquellos que ha elegido, llamado y justificado.

En este consejo, propósito y disposición Dios ha preparado la salvación no sólo en general, sino que también en su gracia ha considerado y escogido para la salvación a todos y a cada uno de los electos que han de ser salvos por medio de Cristo, y también ha ordenado que de la manera que se acaba de mencionar, mediante su gracia, dones y eficacia los traerá a la salvación, los ayudará, alentará, fortalecerá y conservará.”¹

2. Los diversos rechazos a la invitación de las bodas del Rey: la incredulidad

Por lo tanto, cabe aquí preguntar:

“181. *¿Qué ha hecho por fin el Espíritu Santo en ti?*

El Espíritu Santo me ha conservado mediante el Evangelio en la verdadera fe.

182. *¿Ha hecho el Espíritu Santo toda esta obra solamente por ti?*

No; el Espíritu Santo llama también a toda la cristiandad en la tierra, la congrega, ilumina y santifica, y la conserva en Jesucristo en la única verdadera fe.

183. *¿Quiere el Espíritu Santo hacer todo esto en cada persona que oye el Evangelio?*

Sí; pero la mayoría de los hombres obstinadamente resisten la Palabra y el Espíritu de Dios, perdiéndose por su propia culpa.”²

Esto lo notamos también en la parábola de Mateo 22. El rey invita a todos los convidados, pero uno al otro se van excusando. Las excusas son las siguientes:

- V. 3: “Estos no quisieron venir”: Dios llama, invita, pero la gente no quiere venir a él. No les gusta la invitación. La consideran cosa de poco valor. Y entonces te dicen: “La próxima vez quizás iré”, pero al final tampoco van. No creen que la salvación sea algo importante, no consideran la fe en Cristo como algo de valor. Se ríen de nosotros porque les extendemos la invitación de Dios. Y uno se siente triste y mal, porque se tomó el trabajo de ir hasta allá e invitarles. Y te reciben con una cara de asco, un poco más que burlándose de uno. Este es el caso de los ateos, sean declaradamente ateos o ateos encubiertos. Pero Dios ama a los que están sin Dios, y por eso les ofrece la invitación, aunque sea en vano. En el día de la venida del Señor, estas personas no tendrán excusa, diciendo: “Señor Dios, no me invitaste”. Lo importante aquí, es señalar que la fe es un Don de Dios que él desea otorgar mediante el anuncio de su palabra. Pero el hombre, si no llega a la fe, es porque simplemente se resiste a creer. Como dice Esteban en Hechos 7:51: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros”.
- V. 5: “Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza y otro a sus negocios”: Aquí la invitación de Dios a las bodas de su Hijo tropieza por segunda vez con una respuesta negativa. Pero esta vez, no es un rechazo abierto, sino la indiferencia y estar demasiado ocupados en las cosas del mundo: el trabajo, el dinero, los lujos y placere mundanos. Entonces nunca hay tiempo para Dios. La gente está tan concentrada en cómo sobrevivir acá en este mundo terrenal, que olvida, aparentemente que existe otro mundo, un mundo celestial. El mundo celestial y eterno es nuestro destino, la fiesta de bodas del Cordero nos espera. Debes dejar de agachar tu cabeza, dejar el celular por un momento, dejar la calculadora, dejar el internet, dejar la televisión, entrar a tu habitación, o donde desees estar, y charlar a solas con Dios, a través de la meditación de las Sagradas Escrituras y la oración. Si no meditas con Dios en la palabra y la oración, no cultivarás la relación de amistad que Jesús logró con nuestro Padre celestial. Dios te parecerá cada vez más lejano, más incierto, más una ficción. Hasta que llegarás a pensar de ti mismo que ese mundo celestial, ese Dios de amor y esa fiesta de bodas en realidad es una ficción y ya no existen, que es sólo un cuento para niños. Si esta es tu realidad, déjame decirte que tienes hecha una invitación: Dios te llama a las bodas del cordero, y tú estás invitado también. Agenda esa fecha y no la olvides, ni desprecies el supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

¹ Libro de Concordia, FC DS, art. XI, § 14b-23.

² Catecismo Menor, Explicación Tercer Artículo del Credo, preg. 181-183.

- V. 6: “Otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron”: Finalmente, esta parábola nos habla de lo más inesperado que podría pasarle a alguien que invita a una fiesta de bodas. Vas a entregar la invitación, y cuando salen a recibirte, te salen disparando a tiros. Difícilmente saldrás de ese lugar con vida. El rechazo, la oposición al reino de los cielos, es algo real y muy cierto. En este lugar o en esta región seguramente no te matarán por ser cristiano. Pero la santa y amada cruz del martirio, del sufrir por amor de Cristo, sucede todas las veces que sufrimos humillación, maltrato físico y verbal por nuestra santa y gloriosa fe cristiana. Sufrir la cruz del martirio, es como un segundo bautismo, un bautismo de sangre, que Dios concede y da a los santos por obediencia a la fe. No hay que buscar la humillación y martirio, porque esta humillación por causa de la fe viene sola. Lo que debes hacer, es estar preparado para ese momento. Y no tengas miedo: el mismo Dios Espíritu Santo pondrá las palabras en tu boca para que confieses la fe en el evangelio. Por eso, ser capaz de sufrir la humillación y el martirio, es morir por amor de Cristo, quien dio su vida por ti, y te promete algo mejor que este mundo: la fiesta del cielo. Debes ser consciente que el diablo, el mundo y tu propia carne son enemigos de Dios y resisten a la fe cristiana. El mismo Jesús, siendo inocente, dijo al entrar por última vez en Jerusalén, en Mateo 23:37: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” Dios extiende, por medio de tu testimonio de fe y de tu sufrir la cruz por amor a Jesús, la invitación al reino de los cielos los malhechores, ladrones y asesinos. Porque Dios ama a todos sin distinción. Tal vez te preguntes: “¿Habrán con esto algún resultado?” La historia de la iglesia cristiana registra muchos casos de conversión así: por la paciencia de los cristianos al sufrir y morir por causa de su fe, los paganos quedaban admirados de estos hombres, se arrepentían de sus pecados y se volvían, acusados por su conciencia, hacia la misericordia y el amparo de Cristo, el Señor que ellos mismos poco antes habían blasfemado. La sangre de los mártires muchas veces fue lo que hizo que la gente reflexionara de sus hechos, se arrepintiera y llegara a la fe.

3. Ir a las bodas del Rey y el traje de fiesta: la obediencia de la fe

Este es un asunto importante: la fe nace en el arrepentimiento. No hay verdadera fe en Cristo, si no existe primero sincero arrepentimiento, y no hay arrepentimiento verdadero si no hay predicación de la ley de Dios, que nos hace reconocer nuestros pecados. Estar dolido en nuestro corazón por el mal cometido, es el primer paso en dirección a la conversión y la fe salvadora. El segundo paso, es oír la buena noticia de Dios, el evangelio, que te dice “Todo está preparado, ven a las bodas del Cordero, ven a celebrar la salvación, ven conmigo, yo quiero ser tu Dios, yo te recibo en mi reino de pura gracia”. Esta fe en el evangelio, da vida al corazón, resucita a los muertos, y finalmente nos hace salvos. Esto es lo que nos relata el texto del evangelio, cuando dice que el Rey dijo a sus siervos: 9 “Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. 10 Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados.”

Dios Espíritu Santo, hasta el fin del mundo, envía, llama y congrega mediante la predicación de su Palabra y por los sacramentos, a personas de todos los orígenes sociales, de todas las culturas. Dios no se cansa de enviar, invitar, congrega, y enviar nuevamente. Somos nosotros los que queremos seleccionar qué clase de personas invitar. Dios es diferente. Dios da la oportunidad a todos de congregarse y de ser parte de su iglesia. En esto debemos reconocer las veces que, ante el envío de Dios a todos, hemos querido escoger a los invitados. ¿Por qué hemos hecho así? Por comodidad, y por miedo, por miedo a recibir personas diferentes a nuestro entorno. Eso es comportarse como lo hizo el profeta Jonás, que fue enviado por Dios a tierra de Nínive a predicar, al este. Pero Jonás no quiso ir allá, entonces se fue a Tarsis, es decir, al oeste. Dios tuvo que mandar un gran pez que se lo tragara, y estuvo tres días atrapado allí, hasta que recapacitara de lo rebelde que fue. Así también, la Iglesia Luterana debe arrepentirse de las veces que le ha fallado a Dios, sean pastores, sean líderes, sea la congregación en general, toda vez que hemos discriminado a la gente, y no las hemos querido llamar a la fe para que sean nuestros

hermanos cristianos, y parte de la fiesta de bodas. Dios no es selectivo, sino inclusivo. La iglesia por eso una vez se llamó “católica”, es decir, universal, porque en su seno incluía a personas de todos los orígenes y culturas. Nuestra iglesia luterana debe mantener las puertas abiertas a la comunidad, y no dejar que la levadura de los fariseos infecte nuestra vida y práctica.

Para finalizar, hay que aclarar una cosa: Que Dios y la iglesia sean inclusivos, eso no significa que tiene permitido entrar a la fiesta del Cordero cualquier persona. El texto dice: 11 Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. 12 Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. 13 Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.”

El único “traje de fiesta” necesario para entrar a la fiesta del cielo, es la fe en Cristo. Pero aquí en la tierra, en la iglesia, además de la fe, están los frutos que la acompañan. Y esa fe se traduce en nuevos hábitos, en una nueva vida. Por ejemplo, si un homosexual se presenta en nuestra iglesia, el amor de Dios nos llama a recibirle, para que pueda oír la palabra de Dios, bautizarse, hacer la catequesis. Pero eso no significa que vamos a recibir también su posición sobre el sexo entre hombre con hombre. Eso no es posible, porque Dios nos llama a defender la sexualidad, el matrimonio y la familia como él mismo la ha establecido: hombre con mujer. Porque luego de la justificación por la fe, sigue la santificación, es decir, dejar atrás viejos hábitos contrarios a la voluntad de Dios, tales como el juego, la bebida, etc. Hemos de crecer en santificación y buenas obras, pero sin caer en el error del legalismo, por un lado, que prohíbe todo, ni por el otro lado en el error del antinomismo, que permite todo. Sino que, “siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en dirección a aquel que es nuestro Señor y Cabeza, Jesucristo”, de tal modo que así como él es, así también nosotros nos vamos pareciendo más y más a nuestro Señor ya en este mundo (). Eso es la santificación cristiana, que nace y depende de la justificación por la fe, así como las ramas de los árboles dependen de sus raíces para sostenerse y crecer.

Conclusión

¿Estas vistiendo el traje de fiesta de la fe? ¿O todavía llevas el traje o la levadura de los fariseos, esto es, la salvación a través de tus propias obras? Si este es el caso, serás echado afuera, al horno de fuego, que no se apaga jamás, por más que ahora te llames cristiano y te consideren como tal. Ser cristiano no es una cuestión de parecer, sino de serlo realmente. Dios no te pide más que fe en él. Como dice la Escritura: “El que cree en el Hijo, tiene la vida; pero el que se niega a creer, la ira de Dios pesa sobre él” (Jn. 3:36). ¿Y por qué algunos y no todos llegan a la fe? Por la dureza del corazón, por resistir al Espíritu Santo toda vez que les habla palabras de ley, por no querer aceptar que son hombres pecadores y no dioses, que son humanos, y no seres divinos, tal como lo plantea el movimiento de la “Nueva Era”.

Ser hijos de Dios y cristianos, no es lo mismo que ser como Dios. Nosotros los cristianos seguimos y seguiremos siendo criaturas creadas, redimidas y santificadas, pero criaturas al fin. Dios nos concede la dignidad de hijos de Dios gratuitamente, a través del depositar la confianza absoluta en Jesucristo, que murió una sola vez por tus pecados y los de todo el mundo, y que resucitó al tercer día de entre los muertos, para confirmar que su obra fue aceptada por Dios y prepararnos un lugar en los cielos, a fin de hacer los últimos preparativos para la fiesta de bodas entre Él, y su prometida, la Iglesia. Y del cielo vendrá muy pronto otra vez para que estemos para siempre con él, en eterna felicidad y gloria, como dice Isaías 25:6-9: 6 “Y Jehová de los ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares suculentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados. 7 Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones. 8 Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho. 9 Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación.” Amén.